

Achim Lelgemann

“Las contribuciones de Eduard Seler y Caecilie Seler a la antropología del occidente y norte de México”

p. 197-208

*Eduard y Caecilie Seler
Sistematización de los estudios americanistas
y sus repercusiones*

Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos (editoras)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia/
Instituto de Investigaciones Interculturales
Germano-Mexicanas/
Ediciones y Gráficos Eón

2003

416 p.

Dibujos y fotografías

ISBN UNAM 970-32-0956-4

ISBN INAH 970-35-0369-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 9 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/seler/409.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Las contribuciones de Eduard y Caecilie Seler a la antropología del occidente y norte de México

Achim Lelgemann

Es bien sabido e innegable que el norte y occidente de la República Mexicana pertenecen a las subregiones menos estudiadas, y finalmente, menos entendidas, de la superárea cultural que denominamos Mesoamérica. Esta deplorable negligencia se remonta a los inicios de la investigación antropológica por especialistas académicamente formados a partir de finales del siglo XIX. Ello se debe sin lugar a dudas al hecho de que el poniente y septentrión mesoamericanos no cuentan con tantos monumentos vistosos como las regiones del centro, sur y oriente de Mesoamérica, donde florecieron las grandes civilizaciones de los aztecas, zapotecas, mixtecas, totonacas, olmecas, mayas, etcétera, que desde un principio llamaron la atención de los primeros estudiosos de la materia.

Manifestación del desinterés en las partes noroccidentales de México, compartido por la gran mayoría de la comunidad científica alrededor de 1900, es que durante las siete estancias de Eduard y Caecilie Seler en México (Sepúlveda y Herrera 1992), la pareja incursionó solamente dos veces a tierras occidentales, y aunque atravesaron el continente norteamericano en varias ocasiones, su única parada en el noroeste la constituye una visita a la ciudad minera de Zacatecas y una excursión a las ruinas del gran sitio arqueológico de La Quemada, ubicado al sur de la capital del estado.

Su primer viaje a la zona central del occidente mexicano lo emprendieron los Seler en 1895 cuando llegaron a Morelia y Pátzcuaro (vía Acámbaro), donde aprovecharon la oportunidad para visitar los dos centros más nota-



bles de la cultura tarasca prehispánica, Tzintzuntzan e Ihuatzio, y para adquirir algunas piezas arqueológicas.

La segunda y última incursión al poniente marcó la etapa final de su primera y más larga gira por México (de 1895 a 1897). Viniendo de Oaxaca, en primavera de 1897, desembarcaron en el puerto pacífico de Manzanillo y se dirigieron a la capital del estado de Colima, donde se instalaron en la casa del cónsul alemán, Arnold Vogel. El representante del Segundo Imperio Germano les regaló varias vasijas y esculturas de barro que había reunido durante su estancia en Colima. Estos objetos conforman, junto con otros que Eduard y Caecilie consiguieron de coleccionistas y saqueadores de la comarca, el grueso del acervo de cerámica procedente del Occidente de México que guarda el Departamento de Arqueología Americana del Museo Etnológico en Berlín (cf. Eisleb 1971). De Colima, los Seler siguieron el camino a Guadalajara, desde donde regresaron vía Morelia a la ciudad de México (Seler-Sachs 1925: 272-280).

No fue sino hasta 1906 cuando Eduard y Caecilie se dirigieron al noroeste mesoamericano. Con el propósito de asistir al Congreso Internacional de Geólogos, celebrado en la ciudad de Montreal, Canadá, tomaron el tren intercontinental e interrumpieron su viaje en la capital de Zacatecas. De ahí se dirigieron a caballo al valle de Malpaso hasta llegar a las ruinas del centro ceremonial de La Quemada, situado a una distancia de 12 km al norte de la cabecera municipal de Villanueva.

Fruto de estas estancias en el occidente y noroeste mexicano son tres artículos de Seler que se publicaron en 1908. Es sintomático del reducido interés que manifiesta en el párrafo introductorio de este ensayo, que dentro de la multiplicidad de los escritos literarios de Eduard Seler no se encuentre un mayor número de trabajos sobre temas relacionados con las culturas indígenas del norte y occidente de México. Sin embargo, atestiguan la preocupación universal de su autor, al igual que su calidad como profesionalista, puesto que abarcan todas las ramas de la antropología tal y como se iba constituyendo en disciplina científica y carrera universitaria a principios del siglo XX.

El único estudio que Seler dedicó al septentrión mexicano es el más reciente de los tres. Es de carácter netamente arqueológico. Contiene las observaciones personales de Seler al visitar las ruinas de La Quemada. Aunque no se trata de la primera descripción del sitio, marca el inicio de su investigación profesional, formando una tríada con los trabajos publicados

por el bio-antropólogo Aleš Hrdlička (1903) y el inspector de monumentos prehispánicos de aquel entonces, don Leopoldo Batres (1903), quienes habían visitado La Quemada unos años antes.

No obstante el carácter esencialmente descriptivo del artículo de Seler, destaca la documentación de las piezas encontradas en las ruinas y en los alrededores (Seler 1908a: 555-558). Algunas, como la figura hueca de una mujer sedente de Apozol (cat. no. IV Ca 26087) o la maza zoomorfa del mismo lugar (cat. no. IV Ca 26086) se conservan todavía en el Museo Etnológico de Berlín. Otras piezas se han dado a conocer posteriormente, por ejemplo la figurilla de piedra verde (cat. no. IV Ca 31692, ver Eisleb 1961: 226, fig. 10). Son de especial interés las piezas que se han perdido por circunstancias adversas. Sobresalen entre ellas la ocarina aviforme decorada con la técnica pseudo-cloisonné (Seler 1908a: fig. 20) y las pipas de tabaco (*ibid.*: figs. 24-27) tipo efigie. Las descripciones e ilustraciones de estas piezas proporcionadas por Seler constituyen la única documentación disponible de este material, ya que en ninguna de todas las exploraciones posteriores efectuadas en La Quemada¹ o sus alrededores, se han encontrado piezas análogas. Mención especial ameritan los conocimientos de Seler sobre el inventario arqueológico de Mesoamérica, hasta donde éste ya se había divulgado en las pocas publicaciones de la época. Seler reconoce la gran semejanza de las piezas decoradas al pseudo-cloisonné arriba mencionadas con vasijas ornamentadas en la misma técnica, reportadas por Lumholtz (1902) de Estanzuela, Jalisco, o por Peñafiel de Tenenepango, en las faldas del Popocatepetl. De hecho, estos tres sitios conforman un triángulo que delinea el área de mayor distribución de la loza cloisonné, fechada entre los periodos Clásico y Postclásico Temprano de Mesoamérica (600-1200 d.C.). Sin darse cuenta de ello, al señalar las semejanzas entre los distintos artefactos cloisonné, Seler distinguió uno de los materiales diagnósticos más convincentes de una migración de grupos procedentes del noroeste mesoamericano hacia el Altiplano Central a finales del Clásico.

Otro comentario de Seler que merece mención por su alto grado de profesionalismo es la precaución que muestra con respecto al origen de los antiguos habitantes de La Quemada y al intento de identificarlos con algu-

¹ Cf. Jiménez (1988) para un resumen de la historia de la investigación arqueológica en Zacatecas.



no de los pueblos de Mesoamérica. Indica Seler que las tenues similitudes observables entre el estilo constructivo de los edificios y, por ejemplo, el de las yácatas de Tzintzuntzan, no justifica la asignación de dichas obras a los tarascos.

Sólo en raras ocasiones expresa Seler sus opiniones acerca de la funcionalidad de las estructuras. Opina que la Ciudadela en el extremo norte del cerro de La Quemada fue una verdadera fortaleza, mientras que los edificios del primer nivel del sitio representaban el recinto ceremonial, donde concurrían la clase alta residente en los conjuntos de los niveles superiores, y la gente común que vivía en las aldeas dispersas en todo el valle de Malpaso. Ambas interpretaciones han sido confirmadas en fechas recientes a través de las investigaciones realizadas en dichas áreas.

Las fotos que acompañan el artículo de Seler fueron tomadas por su esposa, Caecilie, quien se encargaba de la documentación fotográfica de todos los trabajos científicos que realizó el matrimonio Seler. Junto con ilustraciones publicadas por otros autores, las fotografías constituyen un acervo documental invaluable, dado que ayudan a los arqueólogos contemporáneos en sus esfuerzos por reconstruir el aspecto original de los inmuebles prehispánicos. Tomadas a principios del siglo XX, las fotos muestran varios de los edificios principales de La Quemada en condiciones de conservación mucho mejores que en la actualidad y proporcionan datos que hoy en día sólo podrían recuperarse con mayores inversiones de tiempo y energía. Por ende, Caecilie no sólo fue la fiel asistente de su esposo, sino también investigadora por derecho propio. Cabe aducir al respecto sus descripciones y magníficas fotografías (Seler-Sachs 1925: láms. 101-105) de los famosos perros pelones de barro colorado provenientes de Colima que hoy pueden fecharse en la fase Comala del Clásico Temprano (300-600 d.C.). Probablemente, los apartados referentes a los perros en la obra de Caecilie Seler-Sachs son la documentación más temprana sobre estas notables terracotas tan características de la tradición de tumbas de tiro en Colima.²

Con su artículo casi monográfico sobre los antiguos habitantes de la provincia de Michoacán, Eduard Seler (1908b) ya entra en su campo predilecto de investigación, a saber, los estudios de fuentes escritas y docu-

² Para una síntesis del actual estado de la arqueología en Colima, cf. Kelly (1980).

mentos pictográficos tanto del periodo prehispánico como de la época novohispana colonial, siempre enriquecidos y complementados por atinadas observaciones lingüísticas que atestiguan la formación de Seler como filólogo clásico.

Tras algunas aclaraciones relativas al aislamiento de los tarascos y las peculiaridades gramaticales consecuentes del idioma phorhé, Seler dedica gran parte de su ensayo a los dos documentos más importantes de que disponen los especialistas: el Lienzo de Jucutacato³ y –de significancia singular– la Relación de Michoacán.

Esta fuente la utiliza Seler para dilucidar varios aspectos de la cultura phorhépecha en el momento de la conquista española. Aborda problemas de la historia mítica, la división de la sociedad tarasca en estamentos y compila términos de parentesco, utilizando el vocabulario de Gilberti. No se observa novedad alguna en la discusión de la religión de los tarascos y sus dioses principales. En esta parte del estudio Seler se limita esencialmente a una paráfrasis de los relatos contenidos en la fuente, ordenándolos temáticamente sin problematizar cuestiones no resueltas o lagunas de información. Su única aportación consiste en que compara las creencias y prácticas religiosas de los tarascos con las de los mexica, basándose principalmente en las narraciones sobre la materia contenidas en las obras de Sahagún y Muñoz Camargo. En sus esclarecimientos acerca de las peculiaridades de la cultura phorhépecha es obvio que Seler frecuentemente buscó ganar terreno haciendo referencia a los escritos de los cronistas del periodo colonial temprano del México Central. El valor documental de este apartado en el artículo radica en la ilustración de lo expuesto con dibujos de varios de los artefactos que los Seler adquirieron durante sus dos estancias en Morelia y en la cuenca de Pátzcuaro, respectivamente. Dado que estas piezas o están perdidas o no incluidas en el ya citado catálogo de Eisleb (1971), Seler sigue siendo la única fuente de consulta para referirse a dichos objetos, entre los cuales destacan los cuencos policromos de Icuacato (Seler 1908b: fig. 36) plenamente tarascos, o sea fechables en el Postclásico Tardío, mientras que las figurillas reproducidas por Seler en la figura 35 y atribuidas al mismo periodo, pertenecen de hecho al Formativo Tardío y al Clásico Temprano, respectivamente.

³ Cf. la magnífica reproducción fotomecánica del lienzo en la obra de Ganot y Peschard (1997: p. 46, fig. 11).



No obstante la inclusión de tales materiales y los comentarios sobre algunos rasgos compartidos entre el calendario y la religión de tarascos y mexicas, el estudio de Seler basado en la información brindada por la Relación de Michoacán permanece al nivel de una mera compilación que se abstiene de cualquier evaluación crítica o incorporación de ideas propias, así que apenas puede calificarse como interpretación. Tomando en cuenta que la gran autoridad en los estudios michoacanos de aquella época, el entonces director del Museo de Morelia, don Nicolás León, había presentado un estudio monográfico exhaustivo acerca de los tarascos en 1904, Seler no lo rebasa ni aporta nada nuevo.

Completamente distinto es el caso de sus comentarios al Lienzo de Jucutacato, documento pictográfico de tiempos coloniales, que actualmente se encuentra en la sede de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la ciudad de México.

Son varios los logros de Seler en cuanto al desciframiento de las representaciones históricas plasmadas en el lienzo. En primer término, Seler interpreta los pueblos especificados en los cuadros del documento como las estaciones donde se detuvo un grupo de nahuahablantes durante su migración de la costa del Golfo de México a través de la Meseta Central a las cuencas interiores del reino tarasco. Esta reconstrucción histórica se basa en la identificación del paisaje en el primer apartado del lienzo como las tierras bajas de la zona costera del Golfo, inferencia que es generalmente aceptada por la investigación moderna, considerando la amplia evidencia arqueológica de estrechos contactos ante todo entre tarascos y huastecas, asentados éstos en la zona norte de la costa del Golfo.

Además, Seler pudo identificar varios de los nombres de lugar enumerados en el lienzo, reconociendo que se trata simplemente de traducciones de topónimos tarascos –algunos de los cuales se conservan hasta la actualidad– al idioma nahuatl. De manera igualmente exitosa Seler maneja sus profundos conocimientos de la lengua mexicana al completar algunas de las glosas defectuosas que acompañan las representaciones pictográficas.

Pero el aporte más notable de Seler por lo que toca a su estudio del Lienzo de Jucutacato consiste en la identificación del personaje de alto rango representado en el cuadro central del documento como el señor de Pátzcuaro, Tucuruan. Este noble tarasco fue hijo de Ticatame, el hijo de Hirepan quien fue el mayor de los dos sobrinos del gran héroe de la nación phorhépecha, Tariacuri. A la llegada de los conquistadores españoles bajo

el mando de Cristóbal de Olid, el hijo de Tucuruan, Paquingata, era señor de Ihuatzio, uno de los tres centros que (junto con Tzintzuntzan y Pátzcuaro) constituían la Triple Alianza Tarasca.

De tal modo Seler no sólo comprobó la autenticidad histórica de los sucesos representados, sino también les asignó una temporalidad concreta, es decir, una generación antes de la caída del imperio tarasco en 1522.

A pesar de su menor relevancia, el artículo de Seler sobre los huicholes (1908c) (etnia que habita las estribaciones meridionales de la Sierra Madre Occidental en los estados actuales de Zacatecas, Jalisco y Nayarit) es su más notable contribución a la investigación antropológica de las culturas indígenas del nor-occidente de México. Si el artículo pone de manifiesto una distancia considerable entre el autor y el grupo del que se ocupa, eso no debe sorprendernos, ya que los Seler nunca llegaron en persona ni siquiera a las cercanías de la morada huichola, y tampoco entraron en contacto directo con representantes de este grupo étnico. El estudio de Seler es esencialmente una reseña detallada de la obra *El arte decorativo y simbólico de los Huicholes* (título original en inglés: *Symbolism of the Huichol Indians*) del antropólogo noruego Carl Lumholtz (1900), quien entre 1890 y 1898 había emprendido una de las giras exploratorias más largas y destacadas jamás realizadas por un científico del siglo XIX. Comisionado por el Museo de Historia Natural de Nueva York, Lumholtz recorrió toda la Sierra Madre Occidental hasta adentrarse en el corazón del Occidente de México. Entre los resultados de las indagaciones que llevó a cabo durante sus extensas estancias entre los indígenas de la región sobresalen la monografía consultada por Seler y la obra monumental *México Desconocido* (título original: *Unknown Mexico*), publicada en dos tomos en Nueva York poco después (ver Lumholtz 1902).

Considerando que Seler no disponía de información de primera mano, no nos sorprende la manera en que utiliza los datos presentados por su colega escandinavo. Seler maneja el libro de Lumholtz como una fuente colonial y refiere las descripciones dadas por el noruego al estilo ya familiar, o sea en forma de síntesis, parafraseando el contenido sin agregar observaciones propias que en este caso particular no podía integrar. Sin embargo, sigue el mismo método que ya conocimos al comentar su acercamiento a la Relación de Michoacán. Respecto a la iconografía huichola y los conceptos mágico-religiosos subyacentes Seler se concentra en advertir al lector ciertos paralelos existentes entre las creencias de los huicholes



contemporáneos y las de los mexica del tiempo del contacto. Destacan al respecto las homologías que se observan en la reverencia del fuego celeste/sol como deidad suprema, así como algunas correspondencias en las prácticas mánticas y la parafernalia utilizada. De ello Seler infiere una continuidad en los patrones culturales básicos de dos grupos lingüística y étnicamente estrechamente emparentados, por lo que –según Seler– el estudio etnográfico de las culturas indígenas del presente es un procedimiento adecuado para aproximarse más al entendimiento de las grandes civilizaciones de la América Prehispánica.

Por ser tan poco originales las aseveraciones de Seler en torno a la temática, remitimos al lector interesado a las obras originales de Lumholtz y Seler, respectivamente. En el apartado siguiente presentamos una valoración crítica de las aportaciones de Eduard y Caecilie Seler a los estudios antropológicos del nor-poniente mexicano dentro del ambiente científico de su época y su relevancia para la investigación moderna.

El valor indiscutible de los trabajos de los Seler radica en su carácter empírico, es decir, la documentación de datos “duros” primarios consistente en las descripciones e ilustraciones de artefactos, inmuebles y otros materiales relacionados con las culturas indígenas de la comarca en cuestión. Estas discrepancias hacen de sus escritos una fuente de consulta imprescindible para cualquier investigador moderno que se ocupa de tales temas. La minuciosidad y exactitud de sus trabajos documentales se observa en la alta calidad de las fotografías preparadas por Caecilie, que apenas fueron igualadas por otros científicos de su tiempo. La información recabada en aquel entonces en muchas ocasiones está perdida, ya sea por el impacto de la intemperie o por el descuido y la ignorancia del hombre. Por lo tanto, los esfuerzos de los Seler encaminados a la conservación e investigación del patrimonio cultural que dejaron los habitantes nativos de América merecen nuestro respeto y nuestra admiración, sobre todo si se toman en cuenta las circunstancias frecuentemente adversas con las cuales Eduard y Caecilie estuvieron confrontados.

Si bien los escritos de Eduard Seler normalmente permanecen en un nivel descriptivo, compilatorio y ordenador, en algunas instancias el autor alcanza las esferas superiores de la investigación científica, es decir, llega a la exégesis y a la interpretación. Y es en estos raros momentos, demasiadas veces opacados por su ingenuidad y su actitud acrítica frente a las fuentes, que se evidencian la brillantez, el saber enciclopédico y el razona-

miento determinante de Seler, como en el caso de su interpretación del Lienzo de Jucutacato, interpretación que no ha sido superada por estudios posteriores.⁴

Sin embargo, es un hecho sumamente lamentable que Eduard Seler no haya participado —o lo haya hecho sólo marginalmente— en las discusiones teóricas y metodológicas de los últimos decenios del siglo XIX. Por lo menos en los tres estudios que son tema de este ensayo, Seler no demuestra que estuviera consciente de los intentos por llegar más allá de lo que era visible a primera vista en los tepalcates, ruinas, códices y crónicas. Es de admitir que Seler ya tenía 46 años de edad (nació en 1849) cuando pisó tierras mexicanas por primera vez. Acaso son demasiado tajantes las normas que adquiere un investigador durante su formación académica y/o ambiente intelectual como para reajustar su modo de pensar, o concebir las pautas cambiantes de las ciencias en etapas posteriores de su vida, cuando se desenvuelven las actividades más fecundas de un científico. A Seler, esta actitud le impidió percibir y aplicar las innovaciones emanadas de los protagonistas en el campo metodológico de la antropología americana, que ligamos con los nombres de un Lewis H. Morgan, Adolph Bandelier o Franz Boas, entre otros. Las obras de Eduard Seler son, en el mejor de los casos, testimonios del positivismo empírico, o en el peor, del particularismo histórico; por ello Seler es y sigue siendo, un personaje del siglo XIX.

Aunado a lo arriba expuesto volvemos a constatar la falta de un interés genuino y profundo en las culturas indígenas del occidente y norte mexicano. Como lo ha demostrado el análisis de sus tres contribuciones al particular, Seler se acercó a los temas tratados con el fin de contribuir, a través de las manifestaciones civilizatorias nor-occidentales, a la mejor comprensión de la cultura azteca del Altiplano, donde se ubicaba su patria chica intelectual.

Por ende, y a manera de conclusión, es posible decir que los Seler sí dejaron sus huellas como investigadores del Occidente y Noroeste de México, pero no pueden ser contados entre las grandes figuras de los primeros tiempos de la investigación antropológica en estas regiones. El verdadero pionero de la arqueología en el noroeste de Mesoamérica lo fue Carl de Berghes (1990), quien en los años treinta del siglo XIX exploró los sitios

⁴ Cf. Marcia Castro Leal (1986) para un resumen de trabajos relacionados con los tarascos prehispánicos.



prehispánicos en Zacatecas y –cosa de lamentar– jamás vio impresas sus obras. El iniciador y gran señor de la investigación científica de la civilización tarasca a principios de nuestro siglo fue el antes mencionado Nicolás León. Como michoacano por nacimiento y por devoción dedicó toda su vida a profundizar en el estudio y entendimiento de la cultura de los antiguos habitantes de su tierra natal. La etnología de los indígenas que habitan la tierra accidentada de la Sierra Madre Occidental tiene su autoridad en Carl Lumholtz, cuyos trabajos fueron complementados en menor grado por León Diguét (1992), especialmente en Nayarit, y continuados por Konrad Theodor Preuss (cf. 1912) en el mismo estado.

Pese a todas las deficiencias observadas en los trabajos de Eduard Seler (exceptuando la contribución documental de su esposa Caecilie), éstos tienen suficiente sustancia, especialmente por el contenido de datos primarios, para subsistir en las bibliografías de los autores modernos. La persistencia de la obra de un investigador depende de las citas que se hacen de sus escritos más allá de los capítulos dedicados a los antecedentes de una investigación científica. Por lo que toca a las contribuciones de Eduard Seler y Caecilie Seler-Sachs a la antropología del Occidente y Norte de México, este es y será el caso aun en el siglo entrante.

Bibliografía

Batres, Leopoldo

1903 *Visita a los Monumentos Arqueológicos de “La Quemada”, Zacatecas.*
Imprenta de la Viuda de Francisco Díaz de León, México.

Berghes, Carl de

1990 *Beschreibung der Überreste Aztekischer Niederlassungen auf ihrer Wanderung nach dem Thale von Mexico durch den gegenwärtigen Freistaat von Zacatecas. Nach örtlichen Forschungen und Vermessungen zusammengestellt und durch das in Aztekischer Bilderschrift im Museum zu Mexico vorhandene Manuscript erläutert.* Völkerkundliche Abhandlungen XI, Publikationsreihe der Völkerkunde-Abteilung des Niedersächsischen Landesmuseums, Dietrich Reimer Verlag, Berlín.



Castro Leal, Marcia

1986 *Tzintzuntzan: Capital de los Tarascos*. Gobierno del Estado de Michoacán, Morelia.

Diguet, León

1992 *Por Tierras Occidentales. Entre Sierras y Barrancas*. CEMCA, INI, México.

Eisleb, Dieter

1961 “Steinplastiken im Mezcala-Stil aus den Sammlungen des Berliner Museums für Völkerkunde”. *Baessler-Archiv*, vol. 9, no. 2, Berlín, pp. 217-232.

1971 *Westmexikanische Keramik*. Veröffentlichungen des Museums für Völkerkunde, Neue Folge 24, Abt. Amerikanische Archäologie II, Berlín.

Ganot Rodríguez, Jaime, y Alejandro Peschard Fernández

1997 *Aztatlan. Apuntes para la Historia y Arqueología de Durango*. Gobierno del Estado de Durango, Durango.

Hrdlička, Aleš

1903 The Region of the Ancient “Chichimecs”, with Notes on the Tepecanos and the Ruin of La Quemada, Mexico. *American Anthropologist*, vol. 5, no. 3, Washington, pp. 385-440.

Jiménez Betts, Peter

1988 “La Arqueología en Zacatecas”. En: *La Antropología en México. Panorama Histórico*, Carlos García Mora y María Villalobos Salgado (eds.), t. 13, *La Antropología en el Norte de México*, INAH, México, pp. 345-366.

Kelly, Isabel T.

1980 *Ceramic Sequence in Colima: Capacha, an Early Phase*. Anthropological Papers of the University of Arizona 37, University of Arizona Press, Tucson.



208 Las contribuciones de Eduard y Caecilie Seler a la antropología del Occidente...

León, Nicolás

1904 *Los Tarascos*. México.

Lumholtz, Carl

1900 *Symbolism of the Huichol Indians*. Memoirs of the American Museum of Natural History, vol. V, no. 2, New York.

1902 *Unknown Mexico*. Charles Scribner's Sons, New York.

Preuss, Konrad Theodor

1912 "Die Religion der Cora-Indianer". En: *Die Nayarit-Expedition*, t. I, Leipzig.

Seler, Eduard

1908a "Die Ruinen von La Quemada im Staate Zacatecas". En: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, t. III, Behrend & Co., Berlín, pp. 545-559.

1908b "Die alten Bewohner der Landschaft Michuacan". En: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, t. III, Behrend & Co., Berlín, pp. 33-156.

1908c "Die Huichol-Indianer des Staates Jalisco in Mexico". En: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, t. III, Behrend & Co., Berlín, pp. 355-391.

Seler-Sachs, Caecilie

1925 *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala*. 2a. ed., Strecker und Schröder, Stuttgart.

Sepúlveda y Herrera, Ma. Teresa

1992 *Eduard Seler en México*. Colección Científica 251 (Serie Historia), INAH, México.